

El libro: un símbolo en José Martí

Ignacio DÍAZ RUIZ

La vocación intelectual y humanística de José Martí, documentada plenamente en un vastísimo conjunto de crónicas y artículos periodísticos, da cuenta de su atenta y crítica reflexión social. Desde su envidiable mirador neoyorkino observa a Estados Unidos, y escribe con ello un gran diorama finisecular:¹ una espectacular serie de vistas de aquel país. Ensayos de naturaleza heterogénea, miscelánea; consideraciones sobre la vida común y corriente, sobre los varios sucesos ocurridos en aquel espacio social.

Con singulares símiles explica sus tareas periodísticas: “Poner los acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico es como recoger la lava de un volcán en una taza de café”.² Este atento y sagaz cronista conforma así un testimonio singular y vario sobre el acontecer diario: Entre su inmensa diversidad, por ejemplo, aparece un artículo sorprendente aún en sus sorpresas: “El gimnasio en la casa”. En él Martí dice: “en estos tiempos de ansiedad de espíritu urge fortalecer el cuerpo”.³ En conjunto su actitud como cronista puede ser entendida con una doble y bien definida intención: informar sobre los espacios narrados —Nueva York y Estados Unidos— y, al mismo tiempo, hacerlo desde una estrategia imaginaria de los lugares propios y originarios: “Las escenas norteamericanas de Martí [...] Ese voluminoso conjunto de crónicas configura una notable reflexión, no sólo sobre múltiples aspectos de la vida diaria en una sociedad capitalista avanzada, sino también sobre el lugar del que escribe —el intelectual latinoamericano— ante la modernidad”.⁴

Ivan A. Schulman, uno de los más autorizados críticos de la obra martiana, a propósito de esta estadía, explica:

Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de los Estados Unidos de los últimos decenios del siglo XIX. [...] Entre 1880-1895 vivió y trabajó en la ciudad de Nueva York, viajó a otras ciudades de la costa este del país, sobre todo a las de la Florida; leía y

¹ Cf. Rubén Darío, “José Martí”, *Los raros*. Pres. de Christopher Domínguez. México, UAM, 1985.

² José Martí, *Nuevas cartas de Nueva Cork*. Invest., introd. e índice de Ernesto Mejía Sánchez. México, Siglo XXI, 1980, p. 30.

³ José Martí, *Diarios*. Pról. de Guillermo Cabrera Infante. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 12.

⁴ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México, FCE, 1989, p. 15.

escribía en inglés; y en los quince años de su residencia norteamericana adquirió un conocimiento envidiable de las costumbres, la idiosincrasia, la política, la tecnología, las artes plásticas, la música y la literatura de los Estados Unidos.⁵

El cronista informa de todo, nada le es ajeno. “Con notable intensidad intelectual, Martí escribía sobre prácticamente cualquier aspecto de la cotidianeidad capitalista en Estados Unidos”.⁶ En este sentido, su compatriota Cabrera Infante elabora un singular perfil que lo muestra en su plenitud de intelectual y periodista moderno:

Martí fue todo lo que puede ser un escritor profesional y mago: corresponsal y columnista sudamericano en USA y columnista americano, escribiendo su espléndido español y su pobre inglés, y aún cuando escribía en español, por apremio económico, tenía a veces que convertirse en *back* y hasta cometer ese pecado que es una virtud del periodista: hablar de lo que no sabe.⁷

Por otro lado, en estricta concordancia con su labor como intelectual, escritor y cronista finisecular, para quien las ideas, los juicios, el pensamiento, la reflexión, el conocimiento, la historia, la ciencia, y todo el saber del hombre tienen un valor hegemónico (“Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”, afirma en “Nuestra América”), Martí expresa una notable identificación con las labores de la imprenta, una entrañable afinidad con el trabajo editorial y un alto reconocimiento a las varias versiones de lo publicado.

Mediante la letra expresa y comunica su percepción y comprensión del mundo. Reconoce un principio de autoridad y de prestigio en el escritor y en el documento impreso: periódico, revista o libro. En el uso de la palabra, precisamente de la expresión escrita, encuentra no solo su *modus vivendi*, sino también su *modus operandi*: su razón de ser. “Mis instrumentos —dice Martí— que son mi lengua y mi pluma”,⁸ definen y representan las herramientas y la esencia del hombre de letras e ideas que él encarna, cuya vocación intelectual se completa y complementa con su praxis política y con su militancia.

Paralela a esa vocación de escritor, de hombre letrado e intelectual moderno, manifiesta firmemente una inclinación y gusto por las labores editoriales. Sin duda, sobre el periódico y la revista, Martí reconoce en el libro la mejor y más alta expresión intelectual del siglo XIX. Idea, pensamiento, juicio, reflexión, escritura e impreso conforman para él la rigurosa secuencia del proceso y la elaboración intelectual que culmina en el libro como objeto y como la expresión más decantada y última del pensamiento.

Por ello, desde su perspectiva, el trabajo de edición es la forma más noble y digna de encomio del quehacer humano, la tarea de mayor mérito por su contribución al mejoramiento y bienestar de

⁵ Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas / Siglo XXI, 2002, p. 53.

⁶ Julio Ramos, *op. cit.*, p. 113.

⁷ Guillermo Cabrera Infante, *op. cit.*, p. 14.

⁸ J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*. México, Centro de Estudios Martianos / DGE Ediciones, 2001, p. 163.

la humanidad: “De todos los oficios, prefiero el de la imprenta, porque es el que más ha ayudado a la dignidad del hombre”.⁹

En el horizonte martiano, el libro constituye un objeto de innegable valor y calidad. En este material deposita una extraordinaria y excepcional fe. Su formación, conocimiento y experiencia encuentran en la tarea del editor su más idónea plenitud y realización; la posibilidad de llevar a cabo una empresa de la naturaleza le causa un gran entusiasmo: “Pero ni aún viniendo a pensar en esto, puede dejar de serme la idea [de instituir una editorial de libros hispanoamericanos en Nueva York] gratísima. Para esto estoy hecho, ya que la acción en campos más vasta no me es dada. Para esto estoy preparado. En esto tengo fuerza, originalidad y práctica. Ese es mi camino. Tengo fe y gozo en eso”.¹⁰

Un proyecto central e ideal en las acciones de Martí justamente se relaciona con el establecimiento de una editorial: “me siento capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva”.¹¹ Alrededor de estas nobles tareas, define su mejor realización como intelectual, escritor, educador y, en consecuencia, como hombre de bien y de provecho. De ahí, en parte, sus relaciones y vínculos con el mundo de las publicaciones, y su excepcional reconocimiento y culto al libro: “tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros puedan hacerse aquí [en Nueva York] en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse en México principalmente, con un margen escasísimo de provecho”.¹²

Otras expresiones de esa misma inquietud se revelan, por ejemplo, al fundar en Caracas la *Revista Venezolana*. En una nota incluida en el segundo número de la publicación comenta: “La edición es elegante y esmerada, y publica el mérito de las prensas que la han dado a luz”.¹³ En este mismo sentido, su otra gran empresa como editor es *La Edad de Oro. Publicación Mensual de Recreación e Instrucción dedicada a los Niños de América*, que apareció de julio a octubre de 1889. En una circular que “sirvió de heraldo a la publicación”, Martí —autor, traductor o adaptador responsable de todo lo incluido en este periódico— expone una serie de precisiones y referencias que revelan su notable aproximación al trabajo técnico editorial: “Y el número será impreso con gran cuidado y calidad, de modo que el periódico convida al niño a leerlo, y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte. [...] El número constará de 32 páginas de dos columnas, de fina tipografía y excelente papel, con numerosas láminas y viñetas [...]”.¹⁴ En efecto, estas publicaciones periódicas constituyen dos aventuras, ciertamente efímeras, la primera con dos números y la segunda con cuatro, que corroboran, en parte, su cumplida y decidida vocación por las tareas de edición.

Martí escribió en el periódico *La América* de Nueva York un singular y deslumbrante artículo: “Libros americanos” (Plática de libros. —Cómo se imprime un libro en los Estados Unidos),¹⁵

⁹ J. Martí, *Obra y vida. Poesía, Revista Ilustrada de Información Poética*, núm. 42. Madrid, Siruela, 1995, p. 118; cf. OC, XXII, 252.

¹⁰ J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado, op. cit.*, p. 162.

¹¹ *Ibidem*, p. 161.

¹² *Idem*.

¹³ *Revista Venezolana*. Caracas, 15 de julio, 1881.

¹⁴ J. Martí, *La edad de oro*. Ed. crítica de Roberto Fernández Retamar. México, FCE, 1992. p. 10.

¹⁵ J. Martí, “Libros americanos”, en *Obras completas*, vol. XIII, *En los Estados Unidos*. La Habana, Ciencias Sociales, 1975, pp. 419-425. Las referencias a esta crónica se indicarán únicamente con el número correspondiente a la página.

publicado en noviembre de 1883, donde describe minuciosamente el proceso para producir y elaborar el libro en esa nación.

Una forma complementaria para aquilatar esta crónica se logra al inquirir sobre su objetivo y al establecer su contexto. Parte de esa respuesta se encuentra en la calidad y orientación del periódico donde apareció, publicación de la que Julio Ramos, otro estudioso de Martí, afirma:

En función de las estrategias del intermediario-traductor también podemos leer el trabajo de Martí para el periódico *La América*, entre 1883 y 1884. *La América*, según confirma la variedad de las contribuciones martianas, se publica en Nueva York para la comunidad hispana, pero también constituía un proyecto comercial más amplio. Circulaba en varios países latinoamericanos, donde servía de vitrina de los adelantos más recientes de la tecnología norteamericana, y de *liason* general en una red de exportación/importación. Esto lo podemos comprobar, por ejemplo, en los anuncios más variados y a veces extraños artefactos que redactó Martí para el periódico. Era previsible que Martí no durara mucho en esas funciones: en 1884 tuvo conflictos con los editores y nuevamente se dedicó a buscar alternativas.¹⁶

En este comentario aparecen varias claves para interpretar la crónica en cuestión: la actividad de mediación de Martí, su papel de intérprete o traductor de aquella gran urbe para el lector hispanoamericano; el tipo y caracterización del público de ese periódico (la comunidad hispana de Nueva York, los posibles lectores de América Latina, y el aspecto esencialmente comercial que identificó a esta publicación. Dicho de otra manera, Martí escribe también para un periódico de carácter comercial destinado al mercado hispano. Esta crónica sobre los “Libros americanos”, constituye un elocuente ejemplo.

En consecuencia, el artículo mencionado sugiere y permite varios niveles de lectura. El más evidente y elemental es el de dar a conocer al mercado y al público la producción editorial de Estados Unidos, producción envidiable y de primer orden. Ahí, sin duda, de entrada, se constata su enfática y reconocida admiración por el trabajo, la diligencia, la visión, la enorme tenacidad de la nación estadounidense. En gran medida, sus crónicas revelan y exaltan fuertes contradicciones: su deslumbramiento y admiración por aquella nueva sociedad anglosajona:

Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido. A mi llegada, en uno de estos días de verano, cuando las caras de los apesurados hombres de negocios eran a la vez fuentes y volcanes: [...] ningún hombre estaba quieto, me detuve, miré respetuosamente a este pueblo, y dije adiós para siempre a aquella perezosa vida y poética inutilidad de nuestros países europeos. [...] ¿Qué más puedo decir a la primera mirada? [...] esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro —el de los placeres intelectuales— pueril y pobre.¹⁷

Reconocimiento y aprecio, desdén y reprobación; en fin, ideas contrapuestas que aparecen a lo largo de sus escritos sobre Estados Unidos. Sin embargo, en esta crónica temprana y de orien-

¹⁶ Julio Ramos, *op. cit.*, p. 89.

¹⁷ J. Martí, *Obra y vida, op. cit.*, p. 103; *cf. op. cit.*, p. 109.

tación comercial, escrita quizás por encargo, sus disidencias no tienen lugar ni son motivo de mención alguna.

En ese sentido, el inicio del artículo confirma abiertamente la entrañable identificación de Martí con la tradición cultural anglosajona y la lengua inglesa. Sus ensayos sobre Whitman, Emerson, Edison, Wilde, Darwin, Longfellow, Byron, entre otros, conforman un fidedigno testimonio de esa relación con una modernidad cultural distinta a la francesa que, en términos generales, imperaba en la sociedad y la cultura de Hispanoamérica. Este ensayo sobre los libros constituye en efecto una muestra del asombro de un periodista por la hazaña editorial de ese país. Valiosas consideraciones y aprecio son los ingredientes que definen todo el tono del texto. Su autor, un cubano en el exilio, un intelectual con un enorme conocimiento y vocación por América Latina, exalta la producción del libro, reconocida y ponderada como una acción civilizadora que enaltece y dignifica a aquella promisoriosa nación.

El texto en cuestión se inicia con una entusiasta introducción sobre los libros en Estados Unidos: “nítidos, hermosos, convidadores”. Junto al elogio aparece una inmediata y muy sutil crítica: “escasos de márgenes”, a pesar de la cual Martí pasa a equipararlos y luego a asemejarlos al libro realizado en Barcelona, con lo que les otorga una valía universal. De tal suerte que en la consideración del cronista, ese desacierto se convierte en una virtud: libros que por tener poco margen, justifica Martí, “suelen parecer más cargados de letra, y como si pesasen más de lo ordinario por las ideas que llevan dentro”. (p. 419)

A pesar de la explicación y singular justificación, en esta misma crónica regresa al asunto del margen y destaca la importancia de una edición bien perfilada y atendida formalmente: “porque como ayuda a la natural hermosura de la mujer un adecuado aliño, y a un lienzo bueno de pintor un marco, así las verdades resaltan más, y la belleza de lo escrito cuando se le lee en páginas puras, nítidas y marginosas”. Y en una compendiada frase, consciente de su neologismo, incluye ahí mismo su oportuna definición: “marginosas, abundantes en margen”. (p. 424)

Mediante una estrategia de oposición y contrastes, hace referencia a dos ámbitos geográficos y culturales: Europa, con Barcelona y Bolonia como centros editoriales; en contraparte: América, con Estados Unidos y, en primer término, Nueva York, como productor de libro. Así, Martí confronta a los dos continentes. Destaca primero la superioridad de la producción italiana, y como ejemplo cita a Carducci, Daudet, Flaubert y Musset. De este conjunto europeo, además de mencionar las calidades y atributos estéticos de su literatura, pondera particularmente la belleza física de los ejemplares; la hermosura de su aspecto material; las ediciones en su expresión tangible y concreta: “joyas de librería”, resume el cubano.

En el polo opuesto, de nueva cuenta, del libro de Estados Unidos escribe: “no dan las prensas de país alguno tanto libro sólido, claro y perfecto”. (p. 419) En consecuencia, frente al excepcional buen aspecto, cuidado y refinamiento de las ediciones europeas, destaca la abundancia de los libros estadounidenses. El contraste se manifiesta, en principio, por la excepcionalidad del amplio número (“país alguno” y “tanto libro”) que, desde el punto de vista de Martí, puede ser aquilatado o traducido como una expresión de carácter democrático y popular; relacionado, en última instancia, con los principios de una educación general y amplia. (En cierto sentido, estas ideas prefiguran, con varios años de antelación, la cruzada educativa y cultural que con el libro como medio

llevó a cabo en México José Vasconcelos, y la enorme producción editorial de los inicios de la revolución cubana.)

Sin embargo, no se trata únicamente de reconocer la cantidad, a ésta se suman también cualidades como la solidez, la claridad y la perfección; valores formales, intrínsecos y morales que les reconoce y otorga el propio cronista. Por la prodigalidad y abundancia de su producción editorial, en el juicio martiano, Estados Unidos es superior a Europa, porque a través de ese caudal de libros, el cubano percibe una actitud liberal, de beneficio colectivo, de mejoramiento y grandeza social, propios de esa nación. Auge editorial que no observa en ninguna otra latitud.

Esta idea de la producción en cantidad, en efecto, estructura y conforma toda la crónica. Se insiste en esas propuestas del libro abundante, del libro como proyecto para la sociedad; masivo se afirmaría con un anacronismo. Como si de alguna manera, “la joya de librería” fuera una referencia para el libro europeo: refinado, elegante, individual, exclusivo, inaccesible; frente al concepto colectivo, democrático, popular, masivo, amplio, educativo, encarnado por el libro americano: “[...] los libros que por centenas cada día, en tal abundancia que no hay conocimiento humano que no esté en ellos ya especializado y diluido, brotan de las imprentas nunca desocupadas de Boston, Nueva York y Filadelfia”. (p. 420). En esta reiteración de la prodigalidad, de los muchos libros, Martí introduce el verbo brotar que, en primer término, remite al nacimiento de una planta, al surgimiento de retoños o al agua en un manantial. Así, la expresión “brotan de la imprenta” da una imagen que invoca y evoca las correspondencias naturales y culturales; ilustra la imaginación analógica del cubano.

Con la misma actitud de indicar la proliferación de los muchos libros que producen los impresores estadounidenses, destaca con un guiño y eco mitológicos el carácter grandioso de las imprentas y su respectiva producción, medida ya con modernos referentes de la producción en serie: “ni los tiempos, y lo que piden de los hombres, quieren menos que esas prensas colosales que en el espacio de una hora sacan de una tira de papel de cuatro millas de largo veinte mil periódicos; y libros, casi tantos”. (pp. 420-421). Con el símil bélico: “Es un ejército la imprenta”. Y las referencias numéricas: “Cuatrocientos, quinientos obreros tienen en Nueva York algunas imprentas”, vuelve por enésima vez a expresar estas ideas de gran abundancia y riqueza que Martí entiende generosas alrededor del libro de Estados Unidos, que tantos asombros y admiraciones le provocan.

En fin, una característica de esta crónica es mostrar la gran producción, en serie y en serio, como masiva, noble, amplia, ilimitada. ¿No es acaso, me pregunto, en cierta medida, esta crónica un doble discurso; una visión real, concreta, objetiva, genuina y auténtica, pero al mismo tiempo ideal y utópica, imaginaria y subjetiva, de la grandiosidad productiva de Estados Unidos, que Martí identifica y relaciona con la democracia, la educación y la cultura en aquel país?

Otra secuencia de esta crónica se inicia con una estilización sinecdótica: con recurrir a una parte para ilustrar el todo. En lugar del hombre, únicamente sus manos que mediante adjetivos son destacadas para caracterizar y exaltar el trabajo manual de los obreros de la imprenta: “Pero antes de que [al libro] lo lleve la fortuna a manos piadosas o brutales, ¡cuántas manos, y cuán diestras y beneméritas, ponen sus artes en el libro!”. (p. 419) Los receptores, los que reciben el libro, aparecen también definidos con dos expresiones diametralmente opuestas: “piadosas”, llenas de virtud y devoción por el aprecio y amor al libro; que lo tratan como un material venerable por su contenido, con lo que se destaca por su valor implícito; las otras: “brutales”, groseras, crueles, burdas son

las que revelan torpeza, animalidad, irracionalidad y barbarie constituyen otra forma de recibir al libro. ¿Resonancias acaso de la civilización y la barbarie en la recepción del libro?

En cambio, las manos de los editores, de los impresores, sólo reciben calificativos positivos, encomiables: “diestras”, como sinónimo de habilidad, excelencia y cuidado en la realización de un buen trabajo; y, además, como si fueran héroes que merecen reconocimientos y honores: manos “beneméritas”.

En un bien marcado contrapunto, prosigue Martí: la máquina, indiscutible expresión y símbolo del desarrollo y progreso industrial del siglo XIX, aparece frente al hombre. Por un lado, sin más: inventos, máquina, prensa, cilindro, prensa hidráulica, rodillos, acero y, por el otro, con aquilatamiento y exaltación, la presencia del hombre y sus participaciones en el ámbito editorial: “[...] que minuciosos y artísticos cuidados del formador, del preparador, del prensista, del obrero hombre, máquina por ninguna otra vencida”. (p. 420); referencia en la que confluyen armónicamente ambos: el hombre y la máquina, expresión que sintetiza el encuentro y la conciliación de la modernidad económica, industrial y productiva, con el dominio y predominio establecido por Martí del hombre sobre la máquina. El hombre como la más alta e insuperable creación: la mejor, la más alta, la invencible máquina humana.

En esta descripción de cómo se elabora un libro, Martí recurre también a la escritura metonímica: a mencionar el contenido por el continente. En consecuencia, procede a referirse a las ideas para designar al libro; procedimiento que le sirve para reiterar su sensible reconocimiento a estas esenciales tareas: “¡Se llena el pecho de amor viendo a tantos hombres trabajar en el pensamiento!”. (p. 420)

En otra secuencia hace una valoración del libro como un bien común, lo reconoce como parte de un patrimonio universal, como una construcción intelectual sin dueño, cuyo lector lo identifica como una parte de su propia pertenencia: “Un libro —anota—, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo”. (p. 420) Estas ideas se explican y comprenden como una corroboración de los principios de universalidad y humanismo que sustentan al pensamiento martiano.

Desde la perspectiva de Martí, la historia, la ciencia, el conocimiento, todo contribuye a dar unidad, identidad y armonía a un hombre ideal; en consecuencia, se reconoce al libro como un bien de sabiduría, como un contenido *civilizatorio*, que resuelve y disuelve las diferencias; que mejora y beneficia al individuo. El libro como un medio para el engrandecimiento humano.

Con base en una visión analógica y de correspondencias, tan presente en la estética literaria de la época y en el modernismo hispanoamericano, Martí expone y señala parte de estos vínculos entre el mundo de la naturaleza y el de la creación humana, entre la naturaleza y el hombre. En este sentido, la influencia de Ralph Waldo Emerson está muy presente en Martí; el estadounidense en su ensayo *Nature* (1836) expuso parte de sus principios de la analogía:

Todo hecho natural es símbolo de algún hecho espiritual. Todo fenómeno de la naturaleza corresponde a algún estado de la mente, y este estado de la mente sólo puede ser explicado presentando aquel fenómeno natural como su retrato. Un hombre furioso es un león, un hombre astuto es un zorro, un hombre firme es una roca, un hombre docto es una antorcha. Un cordero es inocencia,

una sierpe es sutil encono, las flores nos manifiestan afectos delicados. La luz y la oscuridad son nuestras expresiones familiares para el conocimiento y la ignorancia, y el fuego, el amor.¹⁸

El mismo Martí, al escribir sobre Emerson, explica, retoma y expone algunas de estas ideas donde se precisa la inseparable relación, la firme correspondencia entre el ser humano y el espacio natural: “Él no ve más que analogía: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella”.¹⁹

En efecto, parte esencial de esta crónica periodística contiene y utiliza justamente esa concepción analógica. Los libros, los objetos inanimados, aparecen compartiendo características humanas y del reino animal: “Bien es que entre los libros, porque no hay serie de objetos inanimados que no refleje las leyes y órdenes de la naturaleza, hay insectos: y se conoce el libro león, el libro ardilla, el libro escorpión, el libro sierpe. Y hay libros de cabello rojo y lúgubre mirada [...]; y hay libros repugnantes como sapos”. (p. 420) Martí establece así un sugerente juego de analogías, al suprimir el nexo comparativo *como* (incluido únicamente en la última expresión), sitúa, sin mediación alguna, uno frente a otro, en estricta colindancia, los elementos para relacionar. Las peculiaridades del animal animan al libro. En suma, la cultura y la naturaleza aparecen perfectamente conciliadas, en armoniosa sintaxis. En consecuencia esta aposición construye una singular estilización: libro león, libro ardilla, libro insecto. El cronista hace con ello, de esta relación sustantiva y analógica, un principio poético.²⁰

Otra forma de caracterizar al libro se logra mediante la utilización de la prosopopeya, es decir personificando al objeto inanimado, dándole peculiaridades o rasgos humanos. En “Los libros de cabello rojo y lúgubre mirada” las ediciones aparecen con aspectos de seres humanos; la relación es ahora entre el libro y la naturaleza humana. En esta forma, la percepción y la mirada analógicas de Martí se orientan a formular una vívida imagen del carácter y personalidad del libro. Años más tarde, en una carta de 1886, Martí continuará recurriendo al sistema de analogía: “libros vivos”, “libros humanos y palpitanes”.²¹

Por otro lado, la librería —en su connotación de biblioteca— ocupa también la atención del cronista cubano. Por ello expone un singular contraste entre los espacios dedicados a la lectura: los del siglo XVIII frente a los del XIX: “Aquellas otras escuetas de ha cien años [...] y en cuyas tablas ponderosas reposaban, no sin haber sido leídos antes por toda la familia [...] frente a las bien pobladas librerías de hogaño en que campean [...] los versos hondos de Edgar Poe, los resplandecientes versículos de Emerson [...]”, (p. 420) construyendo una eficaz estrategia de contrapunto temporal. En el pasado: librerías magras, escasas, selectas, casi vacías, frente a las del presente: bibliotecas abundantes, óptimas que refieren de nueva cuenta el incremento deslumbrante y sustancial de la vasta producción antes descrita; del progreso, del engrandecimiento y mejoramiento

¹⁸ I.A. Schulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*, 2ª. ed. Madrid, Gredos, 1970, pp. 36; cf. Emerson, Ralph Waldo, *Essays*, vol. I. Boston / Nueva York, Houghton Mifflin, 1903, p. 26.

¹⁹ J. Martí, *Emerson, páginas escogidas*, vol. II Selección y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 154.

²⁰ Cf. Octavio Paz, *Los hijos del limo*. Barcelona, Seix Barral, 1974, pp. 103; J. Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado*, op. cit., p. 162.

²¹ *Idem*.

del hombre a partir del libro; particularmente en Estados Unidos, país del que está explicando la enorme y sustancial producción del libro.

En esta minuciosa y elaborada secuencia de contar el proceso de cómo se forma y se hace un libro explica también las tareas del cajista y del *componedor*, quienes conforman la galera para llegar a las pruebas, y entregarlas limpias y exentas de errores al escritor. En ese momento del proceso, Martí introduce, no sin vehemencia, un largo y enfático comentario para llamar la atención del autor, cuya responsabilidad o irresponsabilidad detiene o fortalece, ayuda o entorpece aquella continuidad. Ahí contra el desaliño y el descuido de éste, escribe irónico:

¡Oh autores, divinidades maltratadas, estatuas de sí mismos, Joves diminutos!, ¿Cuál de ellos no cree que no es pecado mayor, sino derecho propio y natural de su grandeza, tener al cajista encorvado luengas horas sobre sus galeras, acuñado, injertando, trasponiendo, rebanando, hinchando con las selvosas y enmarañadas correcciones de que el autor repleta las márgenes de la prueba. (p. 421)

Toda esta diatriba contra el escritor inconsciente e irrespetuoso tiene su evidente contrapeso en las consideraciones para el trabajo del otro: “Pues un cajista —dice— es un hermano; y como el brazo de los autores, que deben mimar y cuidar bien sus brazos”. (pp. 421-422)

De “Autores y autorcillos [...] pomposos, historiomanos y asiáticos”, califica Martí a los que sin consideración alguna modifican y corrigen las pruebas. Estos juicios constituyen además una crítica al estilo desmedido, abundante, a la poco cuidada calidad de la escritura. Y, en cierto sentido, por esas razones, una autocrítica: “de cuyos escritores, como el de estas líneas, a veces dicen cosas extrañas los cajistas”. (p. 422)

Otra singular característica de esta descriptiva crónica sobre el libro estadounidense es la inclusión de reflexiones y recursos martianos. Por ejemplo, en medio de la enumeración de los obreros de la imprenta incluye a “una delicada mujer” y a “un pequeñuelo de blusa tiznada que lleva en las manos una brazada de odas”; menciones que le permiten reconocer y configurar en esos espacios de alta producción la presencia y vigencia de la poesía: “Pues, ¿quién dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las nubes rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres”. (p. 421)

Con estas ideas Martí plantea y resuelve textualmente los evidentes y enormes conflictos entre una modernidad productiva, generadora de ganancias, comercial, palpable en Nueva York, y las expresiones del arte, la literatura y la poesía, presencias constantes en su ideario personal. A partir de un ejercicio retórico, estilístico y estético une y armoniza el discurso económico, utilitario y moderno con el humanístico y cultural. En cierto sentido, la escritura poética y metonímica que realiza sobre la producción del libro estadounidense disminuye y oculta el referente comercial y productivo de este objeto, para convertirlo, por arte de la palabra, en un bien intangible, civilizador y educativo.

En esta crónica Martí describe puntualmente la producción y manufactura del libro en Estados Unidos. Da cuenta de su proceso de producción, pero, sin embargo, incluye también una amplia reflexión y varias consideraciones acerca de los valores implícitos, esenciales y subjetivos del libro. Por un lado, destaca el aspecto productivo, fabril y febril: el “ellos” de la nación estadounidense; por otro, el cronista y el interlocutor, el “nosotros” hispanoamericano, por quien está escrita

y el para quien está dirigida esta crónica. Este discurso martiano, como gran parte de su obra, tiene un lector en lengua española. Es dirigido a una comunidad ideal de lectores hispanoamericanos. Los valores y los beneficios del libro se escriben, se orientan, se anhelan, se proyectan finalmente para una América nuestra.

Martí, en uno de sus ya citados proyectos editoriales, se plantea editar el libro “barato y útil”, “en armonía con la naturaleza y necesidad de nuestros pueblos”.

Hacerlo en Nueva York y distribuirlo en México, propuesta que precisa: “yo ya sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan”.²² En esta singular crónica, el libro es visto como resultado de un proceso de laboriosidad y de racionalidad, en cuyo trasfondo están la imprenta, los talleres, las fábricas, la industria editorial, y reconoce que, con el libro —abundante y generoso como el libro americano— se puede educar, civilizar y universalizar a los hispanoamericanos. El libro es así concebido como un vehículo de ideas, de principios y de conocimientos. El libro, en el decir del propio Martí, es “la esencia y flor de todo lo moderno”.²³

²² *Idem.*

²³ *Idem.*